

PRIMER COLEGIO NACIONAL BENEMÉRITO Y PATRIMONIO DE LA EDUCACIÓN DEL PERÚ "NUESTRA SEÑORA DE GUADALUPE"

Walter León Távara

Diecinueve años de vida independiente tenía el Perú cuando se fundó en Lima, el 14 de noviembre de 1840, el Colegio Guadalupe. Al convertirse andando el tiempo en el primer Colegio Nacional de la República, se consolidó como un orgullo para el país y, sobre todo, para aquellos que tuvieron la fortuna de estudiar en su glorioso plantel.

A inicios del siglo XX, el célebre historiador de la República, Jorge Basadre Grohmann, pasó por las aulas del Guadalupe. Más tarde escribiría que todo guadalupano *“hace una mezcla de arrogancia y humildad por haberse incorporado a un colegio de vieja y hermosa tradición en el país”*. Por esas vueltas de la historia, fue el propio Basadre quien, al asumir como ministro de Educación en el gobierno de Manuel Prado Ugarteche, firmó el decreto que consagró al plantel con el título de “Primer Colegio Nacional del Perú”, haciendo justicia a su antigüedad y legado.

En diciembre de 2015, mediante la Ley N.º30385, publicada el 16 de diciembre en el diario oficial El Peruano, el Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe fue reconocido oficialmente como Primer Colegio Nacional Benemérito de la República y patrimonio nacional, en reconocimiento a su legado histórico, educativo y cultural al Perú.

Sus fundadores fueron el hacendado iqueño Domingo Elías y el español Nicolás Rodrigo. El colegio inició sus clases el 27 de febrero de 1841 como un centro de educación primaria de carácter particular. Su primera sede, cedida por el gobierno en el antiguo local del Estanco de Tabaco, se ubicaba en la calle de la Chacarilla, cerca del Parque Universitario. En ese lugar permaneció durante 66 años, en un terreno que hoy se localiza detrás del actual emplazamiento de la Corte Superior de Lima del Poder Judicial, este edificio fue la sede del Ministerio de Educación originalmente y diseñado por el arquitecto Enrique Seoane Ros.

El Primer Colegio Nacional Benemérito de la República Nuestra Señora de Guadalupe constituyó una de las instituciones educativas más emblemáticas y trascendentes de la historia republicana del Perú, surgió como un colegio laico de educación pública en un contexto marcado por la consolidación de la República y por la necesidad de formar ciudadanos capaces de conducir intelectual y moralmente el destino del país. Su creación respondió al impulso modernizador de las primeras décadas republicanas, cuando la educación comenzó a ser entendida como un instrumento esencial para la construcción de identidad nacional, civismo y progreso social.

Desde sus primeros años, el colegio guadalupano destacó por promover una enseñanza abierta a las corrientes científicas, humanísticas y liberales de su tiempo, diferenciándose de los modelos educativos coloniales aún influenciados por estructuras eclesiásticas. A lo largo del siglo XIX, el plantel se convirtió en un espacio de formación intelectual y política de gran relevancia, participando activamente en los debates culturales y patrióticos que marcaron la vida republicana peruana. Sus aulas acogieron a generaciones de estudiantes que posteriormente ocuparon lugares decisivos en la política, las ciencias, las letras, las artes y

las fuerzas armadas, consolidando así una tradición educativa asociada al pensamiento crítico, al compromiso ciudadano y al servicio a la nación.

El crecimiento institucional y el prestigio alcanzado durante el cambio de siglo motivaron la necesidad de una infraestructura acorde con la importancia histórica del colegio. Por ello, en 1909 la institución fue trasladada a su sede definitiva ubicada en la avenida Alfonso Ugarte, uno de los ejes urbanos más representativos de la expansión moderna de Lima. El nuevo local, cuya monumental arquitectura se consolidó durante el llamado Oncenio de Augusto B. Leguía, simbolizó el ideal de modernización educativa promovido por el Estado peruano en las primeras décadas del siglo XX. Su imponente presencia arquitectónica no solo respondió a necesidades funcionales, sino que representó también la aspiración republicana de erigir espacios destinados al conocimiento, la disciplina y la formación de futuras generaciones.

A lo largo de su trayectoria histórica, el Colegio Guadalupe fue escenario de importantes episodios sociales, culturales y políticos vinculados al devenir nacional. Más que un centro educativo, se convirtió en un símbolo de la educación pública peruana y en un referente de identidad colectiva para miles de estudiantes y ciudadanos. Su legado permaneció profundamente arraigado en la memoria histórica del Perú, siendo reconocido como una institución benemérita que contribuyó decisivamente a la formación de la conciencia republicana y al desarrollo intelectual del país.



Foto 01. La fachada académica¹ que muestra la postal sigue una rigurosa composición neoclásica. Está articulada con un cuerpo central resaltado (frontispicio, fachada principal con coronamiento triangular en el frente de ventanas), un orden monumental de pilastras que abrazan los niveles superiores, óculos decorativos, un gran frontón triangular clásico coronando el eje principal y un almohadillado o tratamiento rústico en el primer nivel. Imagen: Avilés Hnos. y editor de la postal: Juan Baselli. Año: 1920.

Espejo de una época: Estereotipos y contradicciones de la Lima decimonónica

Hacia 1839, bajo el segundo gobierno de Agustín Gamarra, Lima carecía de una institución preparatoria idónea para la educación media de la juventud, lo que motivó la fundación del Primer Colegio Nacional Benemérito de la República Nuestra Señora de Guadalupe como un espacio destinado a fortalecer la instrucción pública y responder a las exigencias intelectuales del naciente Estado republicano. En 1842, el político y empresario Domingo Elías incorporó como rector al intelectual español Sebastián Lorente, cuya presencia resultó decisiva al promover una pedagogía inspirada en el liberalismo europeo y en las corrientes modernas del pensamiento decimonónico, alejándose de los modelos coloniales de memorización y rígida enseñanza escolástica, lo que convirtió al colegio en el principal antagonista del histórico Convictorio de San Carlos, dirigido por el conservador Bartolomé Herrera. El prestigio institucional se consolidó gracias a un selecto cuerpo docente integrado por figuras como Ramón Azcárate, fray Juan Vargas, Ignacio Merino, Mateo Rosas y Miguel Távara, quienes ofrecieron una formación integral que abarcaba letras, ciencias, artes y humanidades, configurando al plantel como el semillero de las ideas liberales frente al pensamiento jerárquico carolino (Pérez, 2015).

Esta polarización ideológica quedó personificada en la trayectoria formativa de intelectuales como Ricardo Palma, quien, tras nutrirse de la severa ortodoxia de San Carlos, se adhirió al magnetismo democrático del Guadalupe y a la bohemia liberal junto a Carlos Augusto Salaverry y Luis Benjamín Cisneros, encarnando así el choque de visiones que definió el rumbo de la joven República. En paralelo, la sociedad limeña experimentó profundas transformaciones materiales e institucionales bajo el impulso de la modernización decimonónica, materializada en la construcción de redes ferroviarias como la de Lima al Callao y a Chorrillos, la llegada del telégrafo, el alumbrado a gas, el agua potable y la renovación urbana impulsada por gobernantes como José Balta y Manuel Pardo. Este dinamismo exigió un nuevo ordenamiento legal e institucional coronado por la promulgación de los códigos civil, penal y de comercio, la creación del Consejo Central de Estadística y la reorganización de la instrucción pública, donde el Colegio Guadalupe se erigió como el modelo indiscutible de la enseñanza media y el eje formativo de las futuras élites políticas y profesionales del país (Huiza, 1998).

Con el estallido de la Guerra del Pacífico en 1879, la historia del plantel se consagró en el heroísmo nacional con la inmolación del joven alumno Manuel Fernando Bonilla Elhart, quien con apenas trece años combatió en el Reducto N.º 3 de Miraflores hasta ofrendar su vida el 15 de enero de 1881, transformándose en el símbolo supremo del sacrificio patriótico de la juventud peruana. Tras los estragos de la guerra y una severa crisis económica que amenazó con su cierre, el colegio inició su reorganización en 1884 bajo la dirección sucesiva de Pedro Abel Labarthe y Sebastián Lorente y Benel -hijo del insigne maestro-, logrando restablecer su vitalidad y prestigio durante la primera administración de Andrés A. Cáceres. Hacia finales del siglo XIX, la arquitectura y el paisaje urbano de Lima comenzaron a reflejar los esfuerzos de reconstrucción nacional a través de hitos como el Hospital Dos de Mayo, el Panóptico de Lima, el Palacio de la Exposición y la modernización de plazas y espacios públicos, consolidando un legado cívico y patrimonial donde la institución guadalupana perdura como el reflejo fiel y el pilar fundamental de la educación, la cultura y la identidad republicana del Perú.



Foto 02: Monumento en homenaje a los Héroes Guadalupanos, alumnos y maestros que ofrendaron su vida en la Guerra con Chile. Se ubica en el patio de honor del primer colegio nacional benemérito de la República y patrimonio nacional de su legado histórico, educativo y cultural. Imagen propia, año: 2024.

Arquitectura, sintaxis y monumentalidad republicana: El Colegio Nuestra Señora de Guadalupe como texto neoclásico

La ubicación del Colegio Guadalupe en avenida Alfonso Ugarte 1227, Lima, con manzana delimitada por Av. Alfonso Ugarte, Jr. Chota, Av. Uruguay y Av. Bolivia. La morfología de matriz claustral de retícula rígida, propia del academicismo clásico republicano de vocación monumental. El edificio se conforma como un volumen continuo que ocupa la totalidad de la manzana, articulado a partir de un eje de simetría compositivo claro y jerárquico.

En la primera planta, el recorrido espacial se inició en la monumental portada de la avenida Alfonso Ugarte, atravesó el vestíbulo de ingreso y se proyectó de manera consecutiva hacia los espacios de mayor valor institucional, el Patio de Honor, el Salón de Actos o Anfiteatro - de planta semicircular- y la Capilla, elemento que funcionó como remate visual del núcleo articulador. A ambos lados de este eje principal, se distribuyeron armónicamente los claustros secundarios organizados según el nivel escolar de los estudiantes, junto con áreas de apoyo funcional como el gimnasio, el comedor y la piscina. La segunda planta replicó la geometría espacial del nivel inferior, extendiendo las crujías perimetrales e integrando galerías porticadas que bordearon los vacíos interiores. Este nivel albergó las aulas para los grados superiores, los ambientes administrativos de mayor jerarquía y las zonas destinadas al internado, actualmente existe el Museo Guadalupano, garantizando una conexión fluida a lo largo de todo el perímetro del colegio.

La protección y el control espacial del volumen se comportó como una fortaleza urbano-arquitectónica, interponiendo un muro ciego perimetral continuo que aisló eficazmente los espacios de aprendizaje respecto a la dinámica y al ruido de las avenidas circundantes. El acceso se resolvió de forma apropiada mediante un único punto de control formalizado por la portada monumental y el vestíbulo zaguán, el cual actuó como un filtro progresivo antes de dar paso al corazón del patio de honor. Asimismo, las galerías porticadas y los amplios corredores perimetrales ofrecieron vías de circulación y evacuación fluidas y directas hacia los amplios patios abiertos, considerados como las principales zonas de seguridad.



Foto 03: El patio principal de honor del Colegio Guadalupe constituyó un espacio central de encuentro, ceremonia y memoria, destinado a honrar la trayectoria y el legado de los héroes guadalupanos. Su carácter solemne y su organización espacial reforzaron su valor simbólico como lugar de respeto, identidad institucional y veneración de quienes representaron los ideales patrióticos del colegio. Imagen propia, año: 2024.

El comportamiento microclimático del edificio se fundamentó en el empleo de los espacios interiores. La presencia de siete patios articulados permitió la generación de un microclima interno caracterizado por la ventilación cruzada continua y el efecto chimenea, donde las masas de aire fresco de las zonas sombreadas circularon a través de las arquerías hacia el interior de los salones. Del mismo modo, la notable masa constructiva de sus muros perimetrales dotó al conjunto de una elevada inercia térmica, amortiguando los cambios de temperatura del exterior. Por su parte, la relación entre la altura de las crujías y el ancho de las áreas libres garantizó un óptimo ingreso de iluminación natural difusa, previniendo el deslumbramiento directo.



Foto 04: Salón de Actos: 1. Fachada de acceso principal, lugar de acontecimientos culturales, sociales, académicos y testimonios de vida escolar. Su composición, ornamentación e iluminación configuraron una atmósfera solemne y ceremonial, acorde con su función institucional. 2. Arquitectónicamente, destacó por su amplitud, proporción y organización espacial, características que favorecieron la concentración de público y reforzaron su carácter solemne. Imagen propia, año: 2024.

El deleite visual y la expresión neoclásica de su fachada principal se erigió como un manifiesto de monumentalidad y sobriedad académica. En su primer nivel, se configuró un basamento firme trabajado con un almohadillado de textura rústica, en el cual se insertaron tres portales con arcos de medio punto que jerarquizaron el ingreso y otorgaron peso tectónico al edificio. El segundo nivel elevó la composición mediante el uso de pilastras acanaladas de orden gigante que enmarcaron las ventanas con balconillos de balaustrada, acentuando el ritmo y la verticalidad del conjunto. En tanto, el remate central fue integrado por un entablamento clásico y un frontón triangular que coronaron la estructura, simbolizando la solidez, la dignidad y los valores cívicos de la educación republicana.

Siguiendo la premisa teórica de John Summerson, quien concibe la arquitectura histórica como un sistema lingüístico articulado por códigos, sintaxis y semántica, el Colegio Emblemático Nuestra Señora de Guadalupe puede ser interpretado como un texto arquitectónico donde el lenguaje neoclásico opera bajo reglas compositivas de absoluta rigurosidad. Del mismo modo en que un idioma utiliza palabras para nombrar la realidad, esta edificación recurre a un catálogo finito de elementos formales para consolidar un sistema analítico unificado e integrado.



Foto 05: El Salón de Actos se configuró mediante una composición tectónica de arcos, pilastras, vanos y frontón, articulados para expresar jerarquía, ritmo y monumentalidad. El basamento, resuelto con almohadillado rústico, transmitió solidez y estabilidad, mientras las pilastras acanaladas y esbeltas aportaron verticalidad y ligereza. Imagen propia, año: 2024.

En primer lugar, su vocabulario o léxico se materializó mediante un conjunto de elementos tectónicos claramente definidos. En él, los sustantivos -tales como arcos, pilastras, vanos y el frontón- adquieren cualificación a través de adjetivos matéricos, entre los que destacan el almohadillado rústico del basamento o el acanalado esbelto en las pilastras del nivel superior. En segundo lugar, estos componentes adquieren sentido a través de una sintaxis rigurosa fundamentada en la concordancia tectónica. Esta exige que la masa más pesada funcione como soporte estructural y visual en la planta baja, sosteniendo las formas más livianas de la planta alta. A su vez, la métrica alternada entre vanos y llenos articula el ritmo de la fachada e introduce un énfasis jerárquico en el eje central del ingreso. En el plano interior, esta lógica sintáctica se traslada a la planta, la distribución simétrica de sus siete patios actúa como una oración compuesta por subordinación, en la que cada recinto secundario se subordina de manera fluida y coherente al núcleo institucional principal.

En tercer lugar, esta estructuración se encuentra normada por una ortografía arquitectónica, entendida como el respeto irrestricto por las proporciones canónicas, la modulación y los órdenes clásicos, lo cual previene cualquier tipo de discordancia geométrica entre sus partes. La semántica del edificio trasciende su dimensión física para articular un discurso cívico pleno de significado. A través de la sobriedad, la simetría y el rigor formal neoclásico, el colegio

evidencia conceptualmente los ideales republicanos de orden, disciplina, racionalidad y solemnidad estatal que la institución buscó proyectar bajo normas gramaticales del lenguaje visual.



Foto 06: El patio del Colegio Guadalupe puede comprenderse como una “ortografía arquitectónica”, basada en proporciones canónicas, modulación, simetría y órdenes clásicos que aseguraban la unidad y armonía del conjunto. Su lenguaje neoclásico, sobrio y rigurosamente ordenado, trascendió lo formal para construir una semántica cívica vinculada a la identidad republicana. Imagen propia, año: 2024.

Cabe recordar que la esencia del clasicismo planteada por John Summerson en “El lenguaje clásico de la arquitectura” sostiene que este sistema hunde sus raíces en la Antigüedad grecorromana -específicamente en la tipología del templo griego y en las obras religiosas, militares y civiles romanas-. Summerson concibe un edificio clásico como aquel cuyos elementos decorativos proceden directa o indirectamente de dicho repertorio antiguo. Sin embargo, el núcleo fundamental del clasicismo radica en la búsqueda de una armonía demostrable entre sus partes, cualidad intrínseca a los órdenes arquitectónicos y análoga a la consonancia musical, así como en la música la armonía surge de la superposición simultánea de notas (acordes) y su progresión temporal para generar tensión y resolución, en la arquitectura clásica la armonía se logra mediante la justa proporción espacial, la articulación modular y el equilibrio formal.

A partir de esta premisa, al observar la fachada del Colegio Guadalupe, es correcto afirmar que sus proporciones responden a cánones clásicos; sin embargo, calificar su elevación de forma simplista como clásica resultaría impreciso y propicio a la confusión. Si bien existe una estrecha afinidad entre ambos conceptos, es indispensable comprender que el Neoclasicismo republicano y el Clasicismo antiguo no operan como términos antagónicos, sino como manifestaciones históricamente diferenciadas pero vinculadas por una misma línea filogenética.

El diseño exterior de la institución responde precisamente al estilo neoclásico republicano. A finales del siglo XIX e inicios del XX, esta vertiente académica de fuerte influencia francesa e

italiana fue adoptada en las grandes obras públicas de Lima con el objetivo de proyectar orden, solemnidad y monumentalidad. En el colegio, este vocabulario formal se evidencia en la presencia del frontón triangular en el cuerpo central, el uso de pilastras de orden gigante, la simetría de sus vanos y las molduras rectas que enmarcan puertas y ventanas.

En cuanto a su tipo, la edificación corresponde a la arquitectura institucional monumental de la era republicana. Su concepción espacial adopta una matriz claustral de origen académico francés, articulada en un volumen continuo de dos plantas organizado a lo largo de un riguroso eje de simetría con patios sucesivos (Patio de Honor, Anfiteatro, Capilla y claustros educativos). La fachada principal, de composición simétrica y perfil continuo, destaca por un cuerpo central sobresaliente que jerarquiza la portada de ingreso. La planta baja se manifiesta como un basamento trabajado en almohadillado con tres portales en arco de medio punto, mientras que la planta alta se eleva mediante pilastras acanaladas que sostienen el entablamento clásico rematado por el frontón institucional. Este lenguaje fue fruto de un proceso proyectual complejo, concebido inicialmente por el arquitecto Máximo Doig (1899), intervenido posteriormente por los profesionales Emilio Rotovin, y consolidado formalmente por el arquitecto peruano Rafael Marquina y Bueno.



Foto 07: Capilla: 1. Destaca por su carácter solemne, composición equilibrada y organización espacial orientada al culto. Su integración entre arquitectura y simbolismo religioso le otorgó un importante valor patrimonial e identitario para el colegio Guadalupe. 2. La escala, proporción, ornamentación y manejo de la luz generaron una atmósfera de recogimiento y solemnidad. Imagen propia, año: 2024.

Este despliegue formal constituyó la expresión estética del proyecto de nación civilista que buscaba modernizar el Perú, distanciándose de los esquemas ornamentales del periodo virreinal para alinearse con los modelos del academicismo europeo. La escala monumental del Colegio Guadalupe sobre la Avenida Alfonso Ugarte no respondió a un hecho fortuito, encarnó el ideal ilustrado y el progreso positivista de la República, erigiendo a la educación pública como el motor de la civilidad y materializando la presencia del Estado a través de una infraestructura solemne, estable y perdurable.

El Vacío que Ordena: La Arquitectura del Patio en el Histórico Colegio Guadalupe de Lima

La arquitectura del patio se definió como un sistema espacial organizado alrededor de un vacío central que actuó como elemento ordenador de la composición arquitectónica. Este vacío no constituyó un espacio residual, sino el núcleo estructurador que articuló la distribución de los ambientes, reguló la relación entre interior y exterior y estableció un centro de gravedad espacial, climático y simbólico. Desde sus orígenes, el patio representó una forma eficiente de organizar la vida colectiva, integrando funciones ambientales, sociales y culturales dentro de una unidad arquitectónica coherente.

En la antigua Grecia, el patio apareció en la vivienda doméstica como el espacio organizador de la vida familiar y cotidiana. Posteriormente, en la arquitectura romana, este principio evolucionó en la domus, donde el atrio y el peristilo estructuraron la totalidad de la vivienda, otorgando al patio no solo una función distributiva, sino también un valor representativo, ceremonial y social. De esta manera, el patio se consolidó como un componente esencial de la arquitectura clásica, capaz de articular jerarquías espaciales y establecer relaciones armónicas entre el espacio construido y el vacío central (Capitel, 2016).

La arquitectura de patio, especialmente representada en el histórico Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe, constituyó un claro ejemplo de la permanencia y adaptación de esta tipología a través del tiempo. Su configuración demostró cómo ciertos principios arquitectónicos ancestrales lograron trascender los siglos al responder eficazmente a necesidades funcionales, pedagógicas, ambientales y culturales. En este conjunto educativo, el patio no pudo entenderse como un simple espacio intermedio entre pabellones, sino como el núcleo organizador y el corazón ideológico del edificio, alrededor del cual se estructuró la vida académica e institucional.

El sistema espacial del patio generó una organización centrípeta en la que galerías, aulas y dependencias se dispusieron en torno al vacío central. La arquitectura no se proyectó libremente hacia el exterior, sino que concentró la vida interna alrededor de ese espacio abierto, estableciendo una estrecha relación entre masa construida y vacío. En este sentido, el patio adquirió una importancia equivalente a la de los volúmenes edificados, configurando una composición equilibrada entre espacios abiertos y cerrados. Esta dialéctica entre lleno y vacío constituyó uno de los principios fundamentales de la arquitectura del patio y explicó gran parte de su permanencia histórica.

Asimismo, el patio cumplió una función ambiental determinante. Permitió el ingreso de iluminación natural, favoreció la ventilación cruzada y contribuyó a la regulación térmica del edificio. En climas cálidos o templados, el vacío interior actuó como moderador ambiental al proporcionar sombra, circulación de aire y frescura. Por ello, esta tipología tuvo amplio desarrollo en las culturas mediterráneas y orientales, donde las condiciones climáticas exigieron soluciones arquitectónicas capaces de garantizar confort sin recurrir a sistemas mecánicos.



Foto 08: Vista del patio principal de honor del Colegio Guadalupe, lugar extraordinario de actos celebratorios cívico-patriótico, que enalteció el paso de grandes guadalupanos al compás de la estrofa, Guadalupe es orgullo peruano, cuna de héroes y hombres de valor en el arte, en la ciencia y en la guerra destacaron con gran pundonor. El espacio expresaba mediante su gramática visual los ideales de orden, disciplina, racionalidad y solemnidad institucional propios de la educación republicana. Imagen propia, año: 2024.

En el caso particular de la ciudad de Lima, el patio adquirió una relevancia aún mayor debido a las características climáticas locales. En el Colegio Guadalupe, el patio funcionó como un pulmón regulador del conjunto arquitectónico. Al encontrarse abierto al cielo y contenido por la masa edificada, generó un fenómeno de convección natural mediante el cual el aire fresco ingresó a través de los vanos, se calentó por la radiación solar y ascendió, produciendo una circulación continua de aire, luz y temperatura. Este mecanismo pasivo permitió mantener condiciones ambientales adecuadas y evidenció el conocimiento empírico incorporado en las arquitecturas tradicionales. Otro aspecto esencial de la arquitectura del patio fue su carácter introvertido. Desde el exterior, los edificios proyectaron una imagen compacta y cerrada, mientras que la riqueza espacial y la vida colectiva se desarrollaron hacia el interior. Esta condición proporcionó protección, intimidad y aislamiento respecto del entorno urbano inmediato, reforzando el sentido de comunidad y pertenencia. A ello se sumó el principio de orden geométrico que caracterizó a esta tipología, pues el patio estableció relaciones de

simetría, proporción y jerarquía espacial, convirtiéndose en la referencia compositiva fundamental del conjunto arquitectónico.

En consecuencia, la arquitectura del patio no constituyó únicamente una tipología histórica, sino también un principio universal de composición arquitectónica profundamente vinculado a la experiencia humana del habitar. Su permanencia a lo largo de la historia demostró la capacidad de ciertos sistemas espaciales para adaptarse a distintos contextos culturales y temporales sin perder vigencia. Por esta razón, arquitectos modernos como Le Corbusier, Alvar Aalto y Arne Jacobsen reinterpretaron el patio dentro de la arquitectura contemporánea, reconociendo en él un modelo espacial capaz de integrar funcionalidad, clima, orden y significado simbólico.



Foto 09: La arquitectura del patio del Colegio Guadalupe se caracterizó por su carácter introvertido, con una imagen exterior compacta y cerrada que concentraba la actividad y riqueza espacial hacia el interior. Esta configuración proporcionó protección, intimidad y aislamiento frente al entorno urbano, favoreciendo la convivencia y el sentido de pertenencia institucional. El patio organizó el conjunto mediante simetría, proporción y jerarquía, estableciendo relaciones espaciales claras entre sus diferentes componentes. Imagen propia, año: 2024.

De lo anteriormente expuesto, puede deducir que el histórico Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe se inscribió dentro de una concepción arquitectónica influenciada por los criterios compositivos de la Escuela de Bellas Artes de París, corriente que ejerció una profunda influencia en la arquitectura institucional latinoamericana de finales del siglo XIX e inicios del siglo XX. Este modelo se caracterizó por la aplicación rigurosa de la simetría, la modulación compositiva, la claridad circulatoria y la monumentalidad como expresión del orden republicano y de la representación del Estado.

La fachada simétrica del Colegio Guadalupe proyectó una imagen de estabilidad, disciplina e institucionalidad pública. La composición equilibrada de sus elementos arquitectónicos

transmitió jerarquía y solemnidad, convirtiendo al edificio en un símbolo material de la educación nacional y de los ideales republicanos de la época. Esta organización formal respondió a la tradición académica francesa, en la cual la arquitectura debió expresar racionalidad, autoridad y permanencia mediante un orden geométrico claramente reconocible.

Asimismo, la disposición de patios sucesivos evidenció una planificación funcional basada en la organización jerárquica de los espacios. Los distintos pabellones se articularon alrededor de vacíos centrales que distribuyeron las áreas administrativas, aulas, talleres y dependencias técnicas, estableciendo una secuencia espacial clara y eficiente. Este sistema no solo favoreció la orientación y circulación dentro del conjunto, sino que también reforzó la lógica compositiva de la arquitectura de patio como principio ordenador del edificio.

Las galerías perimetrales o logias constituyeron otro elemento fundamental del conjunto arquitectónico. Estos corredores techados que rodeaban los patios permitieron el desplazamiento protegido frente a la radiación solar y las condiciones climáticas, manteniendo simultáneamente una relación visual continua con el espacio abierto. La galería funcionó, así como un espacio intermedio entre interior y exterior, integrando circulación, contemplación y control espacial dentro de una unidad arquitectónica coherente.

A comienzos del siglo XX, las nuevas corrientes pedagógicas y sanitarias promovieron la necesidad de espacios educativos más higiénicos, ventilados y saludables. En este contexto, el patio del Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe respondió de manera eficiente a los postulados del higienismo arquitectónico, corriente que sostuvo que la arquitectura debía garantizar condiciones adecuadas de aire, luz y sol para preservar la salud física y moral de los estudiantes. El patio central facilitó la ventilación cruzada de las aulas, el ingreso de iluminación natural y la regulación térmica del conjunto, convirtiéndose en un dispositivo ambiental fundamental dentro de la arquitectura escolar moderna.

Desde otra perspectiva, la configuración espacial del patio también pudo interpretarse en relación con los principios de control y vigilancia característicos de las instituciones educativas modernas. Las galerías abiertas que rodeaban el vacío central permitieron una supervisión visual continua de los estudiantes durante recreos, ceremonias y formaciones cívicas. Este mecanismo espacial guardó relación con las nociones de panoptismo desarrolladas en la arquitectura institucional, donde la organización del espacio favoreció el orden, la disciplina y la observación colectiva sin necesidad de una vigilancia directa permanente.

Sin embargo, el patio no cumplió únicamente funciones distributivas, ambientales o disciplinarias. También constituyó el principal espacio de construcción simbólica e identidad colectiva dentro de la institución. En él confluyeron las actividades ceremoniales, los encuentros cotidianos y las manifestaciones cívicas que formaron parte de la memoria histórica del estudiante guadalupano. Al centralizar la vida comunitaria del colegio, el patio fortaleció el sentido de pertenencia, cohesión e identificación institucional, convirtiéndose en un escenario fundamental de formación cultural y ciudadanía.



Foto 10. El patio de honor del Colegio Guadalupe es el núcleo articulador y eje compositivo que organiza la circulación hacia los recintos de mayor jerarquía institucional. Su importancia radica en estructurar funcionalmente el edificio y conectar el espacio público con el corazón académico del colegio. Su significado encarna la solemnidad cívica, la disciplina y los valores republicanos que distinguen a la institución. Imagen propia, año: 2024.

En consecuencia, el patio del histórico Colegio Nacional Nuestra Señora de Guadalupe se entiende como una síntesis entre la tradición arquitectónica clásica, los criterios compositivos de la arquitectura académica francesa, los ideales higienistas modernos y los valores pedagógicos republicanos. Su configuración respondió a una arquitectura basada en el orden geométrico, la simetría, la monumentalidad y la organización racional de los espacios, características difundidas por la enseñanza arquitectónica de la Escuela de Bellas Artes de París durante los siglos XIX y XX.

La edificación del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe alcanzó su madurez arquitectónica tras la incorporación, en 1909, del ilustre exalumno y arquitecto Rafael Marquina y Bueno, quien asumió la responsabilidad de finalizar el proyecto iniciado años atrás mediante un concurso público. Bajo su dirección, el diseño original fue transformado y consolidado, logrando culminar etapas fundamentales como el bloque frontal de fachada neoclásica ese mismo año, y extendiendo su labor técnica hacia la compleja estructura interior, que incluyó la capilla escolar y la organización de pabellones, proceso que se extendió hasta su conclusión definitiva alrededor de 1920.

Este ambicioso complejo institucional se erigió como un paradigma de autoridad y estabilidad republicana, al privilegiar una distribución equilibrada basada en patios centrales, ejes de circulación definidos y una simetría rigurosa que proyectó disciplina e institucionalidad. Al

integrar con éxito modelos espaciales tradicionales con las exigencias modernas, Marquina no solo resolvió las necesidades funcionales y climáticas de la época, sino que otorgó al colegio una identidad arquitectónica permanente, donde el patio perdura como un símbolo de orden, memoria histórica y cohesión comunitaria en el corazón de la vida urbana (Jiménez, L. Santivañez, M. 2005).

La monumentalidad de la sede histórica del Colegio Nuestra Señora de Guadalupe, cuya edificación contó con la dirección oficial del arquitecto peruano Rafael Marquina y Bueno a partir de 1909, se sustenta en la genial fusión de una tipología milenaria -el patio central- con el lenguaje academicista de principios del siglo XX. Aplicando los rigurosos cánones de la École des Beaux-Arts, Marquina proyectó una simetría estricta y una fachada que refleja de manera honesta la espacialidad interior, proyectando valores de orden, disciplina e institucionalidad estatal que articulan con precisión cronológica y estética la grandeza de esta emblemática institución republicana.

Asimismo, la organización espacial respondió de manera científica a las exigencias del higienismo pedagógico y al control panóptico mediante patios sucesivos y galerías perimetrales que garantizaban la ventilación cruzada y la óptima iluminación de las aulas frente a las epidemias de la época. Más allá de su funcionalidad defensiva y de vigilancia eficiente, este núcleo centralizado consolidó una profunda identidad colectiva, convirtiéndose en el espacio vivencial donde convergen la memoria, el sentido de comunidad y el legado histórico que forja perenne el espíritu guadalupano.

Semillero de la República: Trayectoria histórica y legado cultural de las figuras guadalupanas

En aquellos pretéritos tiempos, el Primer Colegio Nacional Benemérito de la República Nuestra Señora de Guadalupe se alzó con firmeza en los anales de la historia patria como el insustituible semillero de la república y un pilar indiscutible de la cultura nacional, cuyos claustros forjaron de manera continua el destino del Perú a través de hombres de profundo valor, abnegación y sacrificio consagrados a la libertad, la soberanía y la dignidad soberana; un legado imperecedero que se manifestó de forma elocuente en la excelsa trayectoria de sus insignes figuras, entre las que destacaron estadistas visionarios y precursores de la vida civil como Manuel Pardo y Lavalle, primer presidente civil de la historia republicana entre 1872 y 1876, Manuel Candamo Iriarte, el mariscal Óscar R. Benavides, quien gobernara en dos periodos y brillara como héroe de la Campaña del Caquetá, así como el primer vicepresidente Ricardo Bentín y el presidente del Senado José Gálvez Barrenechea, junto a un venerado panteón de héroes y mártires que inmortalizaron su paso por las aulas guadalupanas ofrendando su vida por la patria, tales como el rector José Gálvez Egúsqiza, inmolado en el combate del Dos de Mayo, los bravos defensores de la soberanía nacional Carlos de los Heros, Diego Ferre, Enrique Palacios, Leoncio Prado Gutiérrez y Melitón Carbajal, el inolvidable niño héroe de la Batalla de Miraflores Manuel Fernando Bonilla, y el inmortal capitán José Quiñones Gonzáles, héroe de Quebrada Seca.

Aquel dilatado horizonte formativo se amplió prodigiosamente hacia todas las esferas del pensamiento, las letras, las ciencias y el arte nacional gracias a la impronta indeleble de

intelectuales, literatos y creadores de la talla de Abraham Valdelomar, el vate universal César Vallejo, el historiador Jorge Basadre, el diplomático y cuatro veces Canciller Melitón Porras Díaz, el arquitecto y pintor indigenista Camilo Brent, el iniciador de la prosa indigenista Enrique López Albuja, el insigne mártir de la medicina Daniel Alcides Carrión, el compositor de El Cóndor Pasa Daniel Alomía Robles, el pionero de la arqueología nacional Julio César Tello Rojas, el sabio ingeniero físico y matemático Santiago Antúñez de Mayolo, el poeta y periodista Sergio Nicolás Leónidas Yerovi Douat, el joven poeta y docente Javier Heraud, el maestro del criollismo y autor de El Plebeyo Felipe Pinglo Alva, el diputado y polígrafo Abelardo Gamarra "El Tunante", los destacados exalcaldes de Lima Luis Bedoya Reyes y Alberto Andrade Carmona, el historiador y educador Gustavo Pons Muzzo, y el recordado director Germán Lizarzaburo, quienes se sumaron a una pléyade de eminentes juristas, diplomáticos, científicos y artistas como Lizardo Alzamora Mayo, Carlos Germán Amézaga, Augusto Bedoya Suárez, Alfredo Benavides Diez-Canseco, Cesáreo Chacaltana, Pedro Dávalos y Lissón, Julio Ego-Aguirre, José Antonio de Lavalle, José Antonio Roca y Boloña, Francisco Tudela y Varela, Luis Varela y Orbegoso, Luis Alvarado Contreras, Guillermo Arbulú Galliani, Milner Cajahuaringa, Pedro Coronado Arrascue, Carlos Cueto Fernandini, Jorge del Prado Chávez, Percy Gibson Parra, Federico Kauffmann Doig, Rafael Larco Hoyle, Fernando León de Vivero, Ramón Mifflin, Juan Rivera Saavedra, Mario Samamé Boggio, Venancio Shinki, Sabino Springett, Carlos Daniel Valcárcel, Ketín Vidal, Raúl Vittor Alfaro y Carlos Eduardo Zavaleta y muchos otros.

Consolidando así una simbiosis indisoluble entre la estirpe guadalupana y la construcción de la identidad y grandeza de la nación peruana, este glorioso pasado nos convoca hoy a mirar hacia el porvenir con la absoluta certeza de que aquel legado de compromiso y excelencia continuará inspirando, con renovado aliento y esperanza inquebrantable, a las futuras generaciones de peruanos llamados a engrandecer la patria.

El Primer Colegio Nacional Benemérito y Patrimonio de la Educación del Perú de "Nuestra Señora de Guadalupe", cuna de próceres, héroes e intelectuales, se consolida como un símbolo de orden, memoria cívica y excelencia institucional. En este presente que celebra su prestigio patrimonial, el colegio se mantiene como un espacio vivo donde la arquitectura de patios y galerías sigue siendo el escenario de la formación ciudadana, mientras proyecta hacia el futuro el compromiso ineludible de seguir nutriendo a la nación con peruanos de pensamiento crítico y profundo amor al Perú. A la memoria guadalupana, al noble espíritu de su arquitectura y a cada generación de guadalupanos, este legado arquitectónico y cívico perdura como un llamado eterno a caminar hacia el porvenir con la altivez de honrar siempre la grandeza de la patria.

Referencias bibliográficas

- Alarcón R. (2017). *Historia de la Psicología en el Perú*. Editorial universitaria URP.
- Barrantes, E. (1989). *Historia de la educación en el Perú*. Mosca azul editores.
- Beltrán V. (2011). *Vademécum arquitectónico*. Fondo editorial Universidad San Martín.
- Capitel, A. (2016). *Tres sistemas arquitectónicos*. Fundación Arquia.

- Fuentes M. (2022). *Lima. Apuntes históricos, descriptivos, estadísticos y de costumbres*. Torre de papel ediciones S.A.C.
- Huiza J. Palacios, R. Tamayo J. y Valdizán J. (1998). *Historia del Perú republicano*. Fondo editorial Universidad de Lima.
- Jiménez, L.Santivañez, M. (2005). *Rafael Marquina, arquitecto*. Universidad Nacional de Ingeniería.
- Pérez C. (2015). *Liberalismo criollo. Ricardo Palma, ideología y política (1833-1919)*. Editorial universitaria URP.
- Summerson J. (2017). *El lenguaje clásico de la arquitectura*. GG.
- Velásquez, V. (2008). *Lima a fines del siglo XIX*. Editorial universitaria URP.

Referencias Web

<https://colegioguadalupe.edu.pe/historia/>